

Catulo y Cicerón

Carolina PONCE HERNÁNDEZ*
Universidad Nacional Autónoma de México

La tradición clásica ha sido, sin duda, la estructura firme y rica de la que se han ido desprendiendo la mayor parte de variantes, si no es que todas, de la literatura occidental. Ese desprendimiento surge a veces sin problemas, pero otras veces representa una lucha que puede llegar a ser incluso feroz. Los escritores, a lo largo de la historia de la literatura, han estado conscientes en mayor o menor medida de lo que representa para ellos esa tradición que, por una parte, les ofrece múltiples posibilidades, pero, por la otra, se impone como un peso que deben aprender a manejar a fin de superarlo y transformarlo en algo propio, individual e independiente. Ya desde la misma antigüedad, los escritores latinos tuvieron frente a sí el filón enorme de la literatura griega y se dieron a la tarea de conocerla, aprenderla, analizarla, criticarla e imitarla, y con todo eso y más elaborar sus propias creaciones o recreaciones que se extienden a través de ocho siglos, si atendemos a los escritos que nos han llegado, los cuales van desde el siglo III a. n. e. hasta el siglo V d. n. e.

Hacer una revisión a vuelo de pájaro sobre todos ellos sería labor imposible. Quiero, entonces, enfocar la mirada en dos escritores de la primera mitad del siglo I a. n. e., Catulo y Cicerón, porque sus respectivas obras nos ofrecen de manera ejemplar dos de las variantes más significativas de la literatura latina: la poesía lírica y la prosa política y filosófica. Buscar las razones de la elección de tales géneros nos permite abordar algunos puntos sobre el oficio del escritor, su postura ante la tradición y sus aportaciones en el campo literario.

* Agradezco a los investigadores y traductores del Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM el permitirme utilizar sus traducciones en este trabajo.

En el caso de Catulo, las versiones son del doctor Rubén Bonifaz Nuño. En el caso de Cicerón, las versiones son de la doctora Amparo Gaos, del doctor Julio Pimentel y del doctor Bulmaro Reyes Coria.

Recordemos primero que viven en un periodo crítico de la historia antigua, la crisis de la República Romana. La República vivía el último de sus cinco siglos de vida entre luchas de grupos políticos, sediciones y todo tipo de problemas, uno de los cuales y no de los menores era discutir y entender qué papel jugaban las letras en ese panorama y cómo debían y querían hacer literatura.

Nuestros dos escritores, de la parte norte de Italia, Cicerón de Arpino (106-43 a. n. e.) y Catulo de Verona (ca. 81-54 a. n. e.), habían recibido la educación que se acostumbraba en los medios sociales y económicos altos, fueran éstos de la clase de los patricios o de los caballeros, los equites. Aprendieron el griego y leyeron a los escritores griegos, lo cual dejará en ellos una influencia fundamental que habrán de transformar y enriquecer con sus aportaciones y características personales.

Eran contemporáneos y estaban inmersos en la misma realidad, pero tanto sus vidas como sus obras fueron casi diametralmente diferentes.

Catulo

Con relación a Catulo, lo primero que salta a la vista es que él decide ser poeta, sólo poeta, nada más que eso, poeta, y vivir la vida de acuerdo con los cánones no escritos que marcan a los miembros de la llamada juventud dorada, la *juventus aurea*: reuniones con los amigos, banquetes y amoríos, etcétera. En una actitud de clara rebeldía rompe con los esquemas convencionales puesto que no sigue, como era casi obligado, y como hizo Cicerón, la carrera política, no obstante que sus antepasados habían jugado papeles de primer nivel en la historia de Roma y, además, su padre era uno de los miembros más destacados del Senado.

Esta decisión del joven Catulo con seguridad no agradó al padre, quien posiblemente le restringió la ayuda económica, hecho por el cual su situación no era nada boyante como podemos ver en el poema XIII, cuando invita a cenar a su amigo Fabulo y en donde, entre chanzas, le confiesa que tiene el bolsillo lleno de telarañas, por lo que le pide que lleve todo: la cena, la muchacha, el vino, la sal y todos los refres:

Cenarás bien junto a mí, mi Fabulo,
en pocos días, si los dioses te amparan,
si buena y grande contigo trajeres
la cena, no sin cándida muchacha
y vino y sal y todos los refres.

Si esto trajeres —digo— hermoso nuestro,
 cenarás bien; pues del Catulo tuyo
 pleno el bolsillo está de telarañas.
 Mas, en cambio, tendrás puros amores
 o algo, si hay, más suave y elegante;
 pues donaré un unguento que a mi niña
 dieron las Gracias y los Cupidillos;
 rogarás tú a los dioses, al olerlo,
 que te vuelvan todo nariz, Fabulo.

Quizá esta dificultad, unida a la separación de su amada Lesbia, y tanto las presiones como las influencias familiares, hayan determinado su única participación en la vida política que consistió en acompañar al gobernador Memio, en los años 57 y 56 a. n. e., a la apartada provincia de Bitinia, lo que se constata en los poemas X y XXVIII, al primero de los cuales nos referiremos adelante.

Con todo, Catulo siguió haciendo poesía y precisamente un tipo de poesía que, al menos en el mundo cultural romano, no tenía aún el prestigio necesario para ser reconocida como una labor primordial para un ciudadano de su clase; en todo caso, como sucedía con otros, incluyendo al mismo Cicerón, eran simples entretenimientos de ocasión, ejercicios literarios menores o, tal vez, obrillas de cierta envergadura cuya realización no debía alejarlos de las actividades importantes.

Las *nugae*, como él llamaba a sus poemas, son pequeñeces, esto es, poemas breves de métrica diversa cuya fuente se encuentra en los poetas griegos, sobre todo en los escritores de epigramas, muy especialmente en Calímaco, quien ya, de por sí, había marcado en su momento una distancia considerable con su respectiva tradición, la de los grandes clásicos, pero que también, a su vez, se había transformado en un brillantísimo ejemplo del quehacer literario.

Calímaco no había asentado su presencia en el gusto latino todavía. Será fruto de Catulo y su círculo de amigos la proyección y difusión de este tipo de poesía en la literatura latina. Sabemos que fue un esclavo griego de su amigo Cinna, Partenio de Nicea, futuro profesor de griego nada menos que de Virgilio, quien les enseñó un volumen de Calímaco en el que descubrieron una forma diferente de la creación poética. Después de estudiarlo y comentarlo vieron cómo y de qué hacer una nueva poesía, de ahí el término de neotéricos con que son designados.

Enarbolan la brevedad como bandera que sirve inclusive para la épica. El poema épico ya no tiene que desarrollarse en miles de versos, sino que las historias se cuentan, los mitos se desenvuelven y se desentrañan en un peque-

ño epilio de unos quinientos hexámetros, el tipo de verso reservado al poema heroico, todo manejado docta y magistralmente a través de una búsqueda de los elementos más recónditos y de un impresionante arsenal de figuras.

Esto que fue una gran invención poética de Calímaco está manifiesto en uno solo de los ciento dieciséis poemas de Catulo, el LXIV, que trata de las bodas de Tetis y Peleo, los padres de Aquiles, y es su poema más extenso con cuatrocientos ocho versos que son suficientes para relatar el encuentro, el enamoramiento, la fiesta de boda, introducir su personal visión del mito de Teseo y Ariadna en una retrospectiva o analepsis admirable, regresar a la boda y presentar a los dioses con sus regalos y, finalmente, escuchar las profecías de las parcas con una anticipación o prolepsis en la que se vaticina el destino funesto de la raza humana. El manejo del tiempo es una verdadera obra de arte, así como los juegos de figuras; por nombrar sólo un ejemplo, en los primeros siete versos menciona cuatro veces el mar sin decir mar, sino ondas líquidas de Neptuno, fásidas olas, aguas saladas, llanuras cerúleas (*liquidus Neptuni undas, Phasidus fluctus, vada salsa, caerulea aequora*).

No es un poema fácil porque en él el poeta, a propósito, juega con la erudición mitológica y los tropos. El oyente no puede ser cualquiera, sino un iniciado en estas novedades, heredero de los poetas helenísticos cultos, sólo él puede apreciar hasta dónde llega la habilidad poética, sólo él comprende el valor completo de la obra y sólo él obtiene ese inigualable placer nacido de las historias y las imágenes que los demás ni entienden ni ven.

Como afirma Pedro Tapia en la introducción a su Calímaco, ahí estaban “patentes los principios de una nueva teoría literaria... Esto y más entendieron los latinos, por eso los imitaron tanto” (Calímaco 1984: XXIII).

Si la brevedad se llevó a la épica, con mayor razón se recreó en su terreno propio, la lírica. Catulo se alza en la historia de la literatura latina como el primer ejemplo de poeta lírico, personal, individualista, cuya inspiración recorre un amplio espectro que va desde el poema erudito hasta el epigrama obsceno y escatológico, pasando por una rica variedad de temas y metros. Después de abrir ese camino, los poetas latinos posteriores correrán por él con soberbia desenvoltura.

Es Catulo el primer poeta latino que hace de la poesía el vehículo para cantar los detalles de la vida cotidiana, cuyas imágenes fugaces son temas que plasma como impresiones fotográficas certeras, valiosas por el significado que tuvieron para él. En cuanto algo excita su sensibilidad, responde con un puñado de versos que contienen el sentido exacto y las palabras aptas y rápidas para mostrar el amor, los celos, la amistad, la tristeza, el dolor, la ira, el agradecimiento o el reclamo, sentimientos todos que marcan la temática de su obra.

Es cierto que Catulo tiene su deuda con el epigramista griego; sin embargo, así como Calímaco no quiso ser otro Homero u otro Hesiodo, tampoco Catulo quiso ser otro Calímaco, uno y otro quisieron ser ellos mismos, admirando y respetando sus respectivos modelos, pero poniendo la distancia requerida para que la obra fuera independiente y alzara el vuelo con alas propias.

Una demostración de ello es la traducción que realizó Catulo del poema titulado “La Cabellera de Berenice” (LXVI), obra de Calímaco, la que es considerada por algunos críticos mejor que el original. Yo no metería las manos en el fuego para avalar tal opinión, pero sí creo de sumo interés que se haya dado, porque trae a juicio el problema de la imitación. En este caso, debemos enfatizar que se trata de una traducción y no de una imitación, y aun así, según los estudiosos de ambas obras, la traducción no es totalmente fiel, sino que Catulo se toma sus libertades frente al texto griego.

Como los mismos textos latinos lo demuestran, la imitación no consistía en una simple copia o en un acercamiento más o menos serio a un autor o a una obra, sino que era un profundo trabajo de conocimiento, aprehensión y asimilación tanto del modelo como de las reglas que lo hicieron posible. Más aún, la imitación latina quiere sobrepasar al modelo y superarlo, si lo logra o no es problema de la crítica literaria.

A este respecto, cuando revisamos la obra Catuliana encontramos lógicamente no sólo el eco de Calímaco y otros líricos griegos, sino, además, las formas métricas y las normas que definen un tipo especial de poesía, como la tendencia a la brevedad, la pureza del lenguaje y su manejo en léxicos distintivos y apropiados para dar las pinceladas precisas. Sin embargo, Catulo añade todo el elemento latino en los momentos en que se abre a variantes léxicas totalmente populares, y en el momento que su ardiente personalidad se impone y decide dejar a un lado toda oscuridad que pudiera volverlo incomprensible, salvo en el caso de tres poemas eruditos y la traducción mencionada.

Dentro de los temas del veronés, los amores ocasionales o duraderos reclaman el papel principal en su vida y en su obra, es por ello la importancia de todos los poemas del ciclo de Lesbia, o la de los otros dedicados a Ipsitila y a Juvencio, porque nos retratan al poeta y al hombre sensible, apasionado, fanfarrón, dolido, cursi.

Aquí la poesía erótica es directa y dice con claridad lo que Catulo siente o desea, combinando el léxico de la vida diaria con otro urbano y lleno de gracia y entrelazando los diminutivos, lo incontable y lo contable, las repeticiones, las referencias geográficas, los juegos de antónimos, la adjetivación, etcétera. De acuerdo con la propuesta de ordenar algunos de los poemas a Lesbia en forma novelada, presentamos primero el LI, que es una

emulación de un poema de Safo, en el cual parecería encontrarse la ocasión en que el poeta ve a la amada; después viene el ciclo del amor feliz del que ponemos como ejemplo el poema VII:

LI

Que es igual a un dios aquél me parece,
que vence a los dioses él, si es posible,
quien frecuentemente ante ti sentándose
te mira y te oye
dulce riente, lo que todos, mísero,
los sentidos me roba, pues al punto
que te vi, Lesbia, nada me ha quedado
[...]

Mas cae mi lengua; tenue por mis miembros
flama se fieltra; las orejas tañen
con ruido suyo; cúbrese con doble
noche mis lumbres.
Catulo, el ocio para ti es funesto.
Con ocio exultas, y de más te alegras.
Antes, el ocio reyes y felices
perdió ciudades.

VII

Preguntas, Lesbia, cuantos besos tuyos
me sean bastantes y demasiados.
Cuan magno número de arena líbica
yace en Cirene, rica en laserpicio,
entre el oráculo de Jove ardiente
y el sacro túmulo del viejo Bato;
o cuantos astros, al callar la noche,
miran furtivos amores de hombres,
que beses tantos besos tú, bastante
es a Catulo el loco, y demasiado,
que ni contarlos bien los curiosos
puedan, ni mala lengua enhechizarlos.

Sin embargo, fueron más numerosos los poemas surgidos de la traición y de los celos. El poeta, aunque reflexione tratando de superar su situación personal (poema VIII), no logra evadirse, como podemos ver en el poema LXXV:

Llevada hasta aquí fue la mente por culpa tuya, mi Lesbia,
 y tanto por su afecto se aniquiló ella misma,
 que ya no podría estimarte, aunque te hicieras la óptima,
 ni desistir de amar, aunque lo hicieras todo.

Como Catulo ha aceptado definitivamente a Lesbia, a pesar de las traiciones, de una manera que parece casi pueril nos cuenta que si ella habla mal de él es porque lo ama y la prueba que ofrece nos recuerda las trampas de los enamorados de todos los tiempos:

XCII

Lesbia de mí habla siempre mal, y no calla nunca
 de mí. Muera yo si Lesbia no me ama.
 ¿Qué señal? Que son también cosas más: a ella la execro
 de continuo; mas yo muera, si no la amo.

El poema LXXXV ha sido considerado como el resumen mejor logrado de la situación contradictoria entre el amor y el odio. Incluso se ha dicho que es el primero en la literatura occidental en plantear claramente la con-traposición:

Odio y amo. Por qué lo haga, preguntas acaso.
 No sé. Pero siento que es hecho, y me torturo.

Aunque la pasión amorosa fue el centro de la creación poética de Catulo comprende sólo unos veinticinco de sus ciento dieciséis poesías, pero la fama lo ha celebrado de manera muy especial en los últimos cincuenta años reconociendo en ellos una fuerza directa y un diapasón que se abre desde el inicio de la relación amorosa hasta la pérdida de la amada con una extraña resignación violenta por que no puede dejar de amarla, a pesar de haber sufrido los celos y la traición. Sin embargo, el resto de su producción contiene cualidades que la hacen digna de ser igualmente conocida.

Por ejemplo, la poesía iracunda y burlona, la que reta provocativamente a los enemigos, a los malos poetas y a los políticos, goza al utilizar, otra vez con una libertad sin límites, el lenguaje obsceno, el del vulgo, hasta el punto que parece una confabulación idiomática entre el poeta y sus amigos, entre el poeta y el pueblo. Se desatan y rebosan, sólo refrenados por la métrica, imágenes y términos escatológicos y procaces que hermanan, en una perfecta comunicación, a Catulo con el resto de los romanos. En estos poemas no campea la tristeza, sino la carcajada que estalla como explosión surgida de compartir una lengua común y elevarla al rango de poesía.

Tales versos todavía nos desafían, ¿acaso yo, universitaria, me atrevo a repetir frente a un público el *Pedicabo ego vos et irrumabo, / Aureli pathice et cinaede Furi...* (Yo os daré por el culo y por la boca, / Aurelio pederasta y capón Furo...) del poema XVI? De la misma manera, a modo de ejemplo, véanse estos otros, cuyo punto de ataque es la persona de Gelio y sus aficiones amorosas:

LXXX

¿Qué diré, Gelio, por qué estos labiecillos de rosa
 más cándidos que nieve invernal se vuelven,
 cuando al alba sales de casa, y cuando la hora octava
 te mueve del reposo blando en un largo día?
 No sé, por cierto, qué es. ¿Quizá en verdad la fama susurra
 que tú de un medio hombre te tragas grandes miembros?
 Por cierto así es. Los flancos rotos del pobre Víctor lo claman,
 y tus labios tintos con ordeñado semen.

LXXXIX

Gelio es delgado, ¿cómo no? A quien madre tan buena
 y tan fuerte vive, y tan hermosa hermana,
 y tío tan bueno, y todo tan lleno de niñas
 parientes: ¿por qué éste de estar dejara flaco?
 Que aunque nada palpe sino lo que tocar no es honesto,
 encontrarás cuanto quieras por qué está flaco.

Muchos otros provocan no tanto por la obscenidad como por las referencias nada agradables, así tenemos el poema LXIX en que ataca a Rufo por el pestilente olor de sus axilas. Ataque sucio, pero indirecto si pensamos que Rufo era amante de su querida Lesbia:

No quieras admirarte porque para ti, Rufo, ninguna
 mujer quiera tender debajo del tierno muslo,
 ni aunque la corrompas con el don de una tela preciosa,
 o con el gozo de una translucidita piedra.
 Cierta rumor malvado te daña, con que dicen que bajo
 el hueco de los brazos, fiero cabrón te habita.
 Todas temen a éste, y no es raro, pues bestia es muy malvada
 con la cual una niña graciosa no se acuesta.
 Por eso, o la peste cruel de las narices destruye,
 o, porque huyen, desiste de admirarte.

En cuanto a las injurias lanzadas contra César, su lugarteniente Mamurra y sus partidarios, como dice Bonifaz Nuño, no tienen carácter político como pudiéramos esperar, sino radican en meras andanadas contra “comportamientos de índole personal y privada”. Así lo oímos decir:

LVII

Bien conviene a los ímprobos castrados,
 al pederasta Mamurra y a César.
 No es milagro. En los dos manchas iguales,
 urbana la una y la otra formiana,
 impresas residen y no se lavan;
 al par morbosos, gemelos los dos
 en un lechillo, sabihondillos ambos;
 éste no más que aquél, voraz adúltero,
 socios rivales de las muchachitas.
 Bien conviene a los ímprobos castrados.

Es bueno traer a la memoria dos cosas: que la familia de Catulo tenía amistad con César y lo hospedaba ocasionalmente, y que los versos de Catulo despertaban la admiración de César. Pero hay dos poemas, el XXIX y el CXIV, en que la crítica toca mayor fondo, porque el enriquecimiento desafortunado de Mamurra, a quien llama *Mntula* (pene), a costa de las provincias gálica y británica, provoca que Catulo reclame a César, a quien llama capado Rómulo, el que no ponga fin a las acciones que son la perdición y ruina de la República.

En los otros nueve poemas de ataques contra los personajes políticos, maneja la burla soez con base en los defectos y las actividades sexuales, siguiendo el mismo tenor surgido de un ingenio y un humor muy propios del pueblo latino.

Ahora bien, cuando su poesía se acerca a los amigos o al quehacer literario, el lenguaje se vuelve elegante, gentil, refinado. Los estudiosos de su obra se han encargado de señalar todo un léxico catuliano a este respecto: lo urbano oponiéndose a lo rústico, lo bello a lo carente de gracia, lo delicado a lo fastidioso, etcétera, en donde se percibe una muy peculiar estética que dejará su influencia en los poetas posteriores. Por ejemplo, el poema XXXV es una delicada petición a su amigo Cecilio para que vaya a verlo a Verona y en él mezcla la visión de los amores de su amigo y un elogio a su poema dedicado a Cibeles, la Reina del Dídimo:

Al tierno poeta, mi compañero
 Cecilio, quisiera, papiro, digas

que venga a Verona, huyendo los muros
 de la Nueva Como, y la costa Laria,
 pues quiero que ciertas meditaciones
 de un amigo suyo y mío, reciba.
 Pues devorará, si es sabio, el camino,
 aunque lo retenga cándida niña
 mil veces, al irse, y al cuello echándole
 ambas manos, ruéguele que se quede.
 Ella hoy, si verdades me han anunciado,
 lo ama ardientemente, con amor loco;
 Pues del tiempo aquel que leyó, empezada,
 la Reina del Díndimo, de ése, cómenle
 fuegos, a la pobre, la interna médula.
 Te perdono, niña, más que la Sáfica
 Musa, docta. Dado que gentilmente
 empezó Cecilio la Magna Madre.

En el poema LXXXII encontraremos un bello juego de palabras para pedirle a Quintio que no le arrebatase lo que le es más querido. En sólo cuatro versos y repitiendo tres veces la misma idea, es capaz de provocar la agilidad mental del lector:

Quintio, si quieres que los ojos te deba Catulo,
 o más, si hay algo más que los ojos caro,
 no quieras quitarle lo que le es mucho más que los ojos
 caro, o, si lo hay, que el algo más que los ojos caro.

El gusto helenístico por la imagen de los enamorados jurándose un amor feliz y duradero, mientras el pequeño dios Amor los vigila y aprueba con estornudos, se convierte en Catulo en un bello diálogo que anticipa el carmen amebeo de Horacio y Lidia:

XLV

A Acme —sus amores— en el regazo
 teniendo, Septimio dice: “Acme mía,
 si no te amo locamente, y dispuesto
 estoy, firme, a amarte todos los años
 cuanto el que más pueda querer con ansia,
 que en la Libia solo y la India abrasada
 de un león ojiglaucos salga yo al paso.”
 Esto dicho, Amor, como antes izquierdo,

estornudó, diestro, su asentimiento.
 Y Acme, la cabeza volviendo suave,
 los ebrios ojuelos del dulce niño
 con esa purpúrea boca besando,
 “Así —dijo— vida mía, Septimito,
 a este solo dueño sirvamos siempre,
 como mucho más ardiente y más grande
 fuego las medulas blandas me quema.”
 Esto dicho, Amor, como antes izquierdo,
 estornudó, diestro, su asentimiento.
 Ahora, del buen auspicio salidos,
 con ánimos mutuos se aman, se aman.
 A Acme, el pobrecillo Septimio, sola,
 quiere más que a Sirias y que a Bretañas;
 la fiel Acme, para Septimio solo,
 hace las delicias y los deseos.
 ¿Quién a más felices hombres algunos
 miró? ¿Quién a Venus más agorera?

Escribir sobre lo efímero no conlleva, necesariamente, un resultado poético efímero que pierda su valor al día siguiente. Si el poeta sabe captar la gracia, la belleza o la chispa de la situación, entonces el poema nacido de un detalle insignificante, recorrerá los siglos proyectando esa imagen. La obra de nuestro veronés contiene mucho material de este tipo. Cuando regresó de Bitinia, más pobre que antes, una putilla amiga de Varo le pidió prestados unos esclavos, pero él no tenía nada; sin embargo, la situación le da pie para escribir el poema X que nos ofrece una visión de las romanas paseando por el foro y las charlas que ahí ocurrían. Como en el poema precedente muestra el uso del diálogo, del estilo directo, que tan bien manejó nuestro poeta. Del mismo modo nos acerca a la sátira latina, en especial, a ciertas sátiras horacianas de las que es claro antecedente:

A mí ocioso, mi Varo desde el foro
 me había llevado a ver a sus amores:
 una putilla que entonces, de pronto,
 no vi, en verdad, ni sin gracia ni fea.
 Cuando vinimos aquí, nos tocaron
 pláticas varias; entre ellas, qué fuera
 Bitinia ahora, en qué modo se hubiera,
 si yo con algo me había aprovechado.
 Respondí lo que era: nada había
 —para los mismos pretores ni el séquito—

con que volver la testa más ungida;
 más quienes un pretor puerco tenían
 que ni un pelo estimaba a su séquito.
 “Por cierto, empero”, afirman, “lo que dicen
 que es nativo de allí, le compraste hombres
 a tu litera.” Yo, para fingirme
 alguien más rico frente a la muchacha,
 “No”, contesto, “me fue tan pobremente,
 que, aunque mala provincia me tocara,
 no pudiera atrapar ocho hombres rectos.”
 Mas ninguno, ni aquí ni allá, tenía
 que el pie quebrado de mi viejo catre
 colocarse pudiera sobre el cuello.
 Aquí ella, cual conviene al más capado,
 “Te ruego”, dice, “mi Catulo; un poco
 préstame a éstos, pues quiero a Serapis
 me lleven.” Dije a la muchacha: “Espera,
 en lo que afirmé ahora que tenía
 se me fue la razón; mi compañero
 se los ha reservado; es Cayo Cina.
 Pero, ¿qué a mí si son de él o míos?
 los uso igual que si yo los tuviera.
 Mas tú insulsa y molesta eres de sobra,
 con quien no es lícito ser distraído.”

Uno de los temas que incitaban al poeta era el robo ya fuera de besos o de objetos. Esto le provocaba enseguida una reacción que consistía en contraatacar con sus versos. En el poema XII está furioso porque Asinio le robó un pañuelo, regalo de sus queridos amigos, Veranio y Fabulo:

Marrucino Asinio: la mano izquierda
 no usas con gracia en el juego y el vino;
 robas el lino a los más descuidados.
 ¿Juzgas que esto es chistoso? Te escapa, inepto:
 es, cuanto quieras, cosa fea y sórdida.
 ¿No me lo crees? Créelo a tu hermano
 Polión, que tus hurtos por un talento
 cambiar quisiera, pues que de ingeniosos
 y de graciosos es mozo disertó.
 Por eso, o endecasílabos espera
 trescientos, o devuélveme mi lino.
 Que no me mueve a mí por lo que valga,
 pero es recuerdo de mi compañero.

Pues pañuelos setabos desde Iberia
 como regalo enviáronme Fabulo
 y Veranio; preciso es que los ame
 como a mi Veranito y a Fabulo.

De pronto el poeta se despidió en medio de la primavera y sentimos ese anhelo de partir unido a un cierto dolor por la despedida:

XLVI

Ya primavera trae suaves calores,
 ya del equinoccial cielo la furia
 calla en las auras jocundas del Céfiro.
 Los frigos llanos, Catulo, se dejen,
 y el campo fértil de ardiente Nicea.
 A las del Asia urbes claras volemós.
 Ya errar anhela la mente agitada,
 ya en su ansia alegres los pies cobran fuerza.
 Adiós, oh dulces reuniones de amigos
 que, lejos, juntas de casas salidas,
 varios caminos diversos devuelven.

Como podemos ver, nada fue intocable para este latino que al elegir su oficio y sus modelos se mantuvo firme, haciendo gala de una actitud libérrima frente a su medio político y social y frente a las tradiciones literarias que, si bien lo conformaron, supo asimilarlas y seguir su propio e independiente camino.

Cicerón

Si con Catulo entramos al microcosmos de un joven romano que decide romper con muchos convencionalismos; con Cicerón, en cambio, estamos ante el macrocosmos de Roma, porque él desde un principio se enrola en la actividad jurídico política y, tal como debía comportarse un buen ciudadano, dedica todo su interés a la vida pública, ya sea en el foro o en los tribunales, en la curia o inclusive en la privacidad de su casa, lo cual, obviamente, pondrá la nota distintiva en su producción literaria consistente en discursos, es uno de los mejores oradores de todos los tiempos, y tratados de teoría política, retórica y filosófica, amén de una impresionante colección de cartas que nos ha legado, para que en ellas encontremos toda la información de los acontecimientos romanos de su tiempo.

No era un patricio, sino un *homo novus*, uno de los nuevos personajes en los quehaceres políticos y literarios, era uno de los equites, de la segunda clase social que a fuerza de una perseverancia sin igual y ayudado por una extraordinaria preparación habrá de escalar hasta el punto más elevado de las magistraturas romanas, el consulado, en el año 63 a. n. e., cuando Catulo contaba con veintidós años y él tenía cuarenta y tres, lo que nos indica que había una generación de diferencia entre los dos.

Es claro que por su postura adecuada a la gravitas, este político, orador y filósofo con toda su cultura y agudeza fue quien llamó a esos jóvenes poetas, la *juventus aurea* y los *neoterói*, caracterizando así su modo de vida y su producción literaria y dejando ver a través de los simples términos una cierta desaprobación hacia ellos. Él, por su parte, si dejamos a un lado su afición a la poesía, se encarga de dejar a la posteridad su propio retrato de republicano cabal, cabeza de la oratoria y filósofo conocedor y crítico, entretreídas tan apretadamente estas tres pasiones de su vida que nos parece imposible desanudarlas.

Como dice Mackendrik (citado por Lisi 1997: 346):

La filosofía de Cicerón ha sido plasmada por las bases retóricas de su pensamiento. Retórica y filosofía están de tal manera entrelazadas que hay quienes han visto en el contenido filosófico de sus discursos la característica fundamental del arte oratoria ciceroniana. Las obras filosóficas están estructuradas de manera retórica y retórica es la forma en que se busca fundamentar las diferentes posiciones.

Es el hombre que se aferra desesperadamente a la República y sus instituciones, a pesar de que en esos momentos ésta se encuentra debatiendo con la muerte, y es capaz de hacer casi todo por salvarla, desde oponerse directamente a los revolucionarios, como es el caso de sus *Catilinarias*, hasta doblegarse frente al dictador en sus discursos para César, y, aún después de la muerte de éste, continuar sus ataques contra los enemigos de la *respublica*, encarnados en la figura de Marco Antonio, por medio de sus *Filípicas*.

Con justa razón han sido admiradas todas sus obras, y los discursos especialmente vuelven a servir de modelo de acuerdo con las circunstancias: unos, como las *Verrinas*, en época de opresión de las provincias; otros, como las *Catilinarias*, en los momentos difíciles de las conspiraciones secretas contra el régimen; y otros más, como las *Filípicas*, cuando las libertades republicanas se ven pisoteadas por la dictadura (Wilkinson 1989: 284).

Algunos de sus grandes argumentos surgen de la historia de Roma, pero su visión de ella está basada en la actuación de los dirigentes, los protago-

nistas, que han hecho grande a su República, desde Rómulo hasta los de una o dos generaciones anteriores a la suya, Publio Léntulo, Tiberio Graco el padre, los Escipiones, los Escévola, etcétera, en fin, todos aquellos que puede nombrar cuando, como dice él, busca a aquel hombre que “conoce los medios con que se promueve y acrecienta la prosperidad de la patria y los emplea con oportunidad; a éste estimaré como digno de dirigir un estado y de ser, por sus consejos y autoridad, el primero en las deliberaciones políticas”.

Las palabras precedentes deberían estar grabadas con enormes letras en todos los recintos de los gobernantes, por su perfecta definición de la obligación que tienen de promover y acrecentar la prosperidad de la patria.

Puesto que la historia le sirve para hacer filosofía política, no podemos dejar de señalar que también el pueblo tiene un papel protagónico en su teoría del estado.

El pueblo, así en abstracto, a través de su participación permite la permanencia de los tiranos o, rechazándolos, impone la justicia. La siguiente cita de la que considero su obra más importante, *Sobre la República*, es claro ejemplo de verdadera sabiduría política:

[...] recuerdan que, habiendo surgido en el pueblo uno o más bastante ricos y opulentos, entonces nació de la altivez y soberbia de éstos, cediendo y sucumbiendo los cobardes y los débiles ante la arrogancia de los ricos. Pero dicen que, si los pueblos mantienen su derecho, nada es más prestante, más libre, más dichoso, puesto que son ellos los amos de las leyes, de los juicios, de la guerra, de la paz, de los tratados, de la vida de cada ciudadano, del dinero. Piensan que sólo ésta se llama con justicia “república”, esto es “cosa del pueblo”, y que así la “cosa del pueblo” suele pasarse, de la dominación tanto de los reyes como de los nobles, a la libertad; que los reyes o el poder y asistencia de los optimates no son requeridos por los pueblos libres (Cicerón 1984: 24).

Ahora bien, la “cosa del pueblo”, esto es, la república, sólo puede cimentarse en la libertad y en la concordia (*concordia ordinum*, concordia de clases sociales), mas ésta debe ser sostenida por la igualdad de intereses, si hay diferencia y unos grupos tienen intereses particulares distintos a los de la comunidad, entonces surge la discordia y con ella el afán de unos por aventajar y estar encima de otros. Además, lo único que puede establecer la unión sólida de la sociedad civil es la ley y el derecho que emana de ella, pero con la condición *sine qua non* de que debe ser igual para todos:

Y, por cierto, dicen que no es oportuno que, con base en el vicio de un pueblo indómito, se repudie toda esta forma de pueblo libre; que nada es más inmutable, nada más firme que un pueblo concorde y que todo lo encamina a su incolumidad y a su libertad; y que es muy fácil la concordia en aquella república en la cual todos tienen los mismos intereses; que de la variedad de intereses nacen las discordias, puesto que una cosa es ventajosa para unos, otra para otros; y que, así, cuando los nobles tenían el poder, nunca fue permanente la situación del Estado, y esto mucho menos en los reinos de los cuales, como dice Enio, no es propia “ninguna santa asociación ni lealtad”. Por lo cual, dado que la ley es el vínculo de la sociedad civil, y el derecho que emana de la ley es igual, ¿con base en qué derecho puede mantenerse la sociedad de los ciudadanos, cuando la condición de los ciudadanos no es idéntica? En efecto, si no se quiere igualar las fortunas, si los ingenios de todos no pueden ser idénticos, ciertamente deben ser idénticos entre sí los derechos de los que son ciudadanos en una misma república, pues ¿qué es un Estado sino una sociedad de derecho?... (Cicerón 1984: 24-25).

Como podemos apreciar en la cita anterior, la relación entre un pueblo libre y sus dirigentes se da de tal manera que en la segunda parte del texto lo que presenta es el imperio absoluto de los jefes sobre una plebe débil y sumisa. Pero no hay contradicción alguna, porque lo que Cicerón muestra es una fuerte crítica al gobierno de unos cuantos, los aristócratas, que se autclasifican como tales no con el consentimiento del pueblo, sino por propia arrogancia. Es justamente a estos aristócratas a quienes conviene la debilidad, la ignorancia y la sumisión de un pueblo que cuando fue libre los eligió. Semejantes hombres, bañados en la riqueza, imponen un vergonzoso despotismo y así, afirma:

Cuando [...] los recursos de unos pocos, no sus virtudes, comienzan a mantener la dirección de la república, los dirigentes mantienen obstinadamente su nombre de optimates, mas en realidad carecen de él; pues las riquezas, el nombre, los recursos, vacíos de sabiduría y de la moderación de vivir y de mandar a otros, están llenos de deshonor y de insolente soberbia, y no hay forma alguna más deforme de gobierno que aquella en la que los más opulentos son considerados los óptimos (Cicerón 1984: 26).

Por el contrario, en una república el pueblo se define como “la agrupación de una multitud, asociada por un consenso de derecho y la comunidad de intereses”, y aquí la frase “comunidad de intereses” (*communione utilitatis*) reviste capital importancia (Cicerón 1984: 20).

Como hasta nuestros días la República Romana ha sido la de mayor duración en el tiempo (cinco siglos), es lógico que haya enfrentado todo tipo de problemas y que haya ofrecido diversas soluciones para resolverlos. Nos queda a nosotros la responsabilidad de estudiar y criticar las respuestas romanas, algo que ya el mismo Cicerón hacía en aquellos momentos finales y críticos de su república, en donde uno de los problemas más álgidos era el de las deudas. Cicerón, el teórico de la política, revisa la historia y encuentra que fueron suprimidas las sujeciones a los acreedores y se dejó de encarcelar a los deudores porque la plebe se debilitaba por los gastos y los gobernantes buscaban la medicina para esos males, pero leamos mejor sus palabras:

Quizá nuestros mayores habían tenido un método para poner remedio en aquellas deudas, el cual ni al ateniense Solón se le había escapado, no mucho tiempo antes; ni, un poco después, a nuestro senado, cuando, a causa de la pasión de uno solo, todas las sujeciones de los ciudadanos a sus acreedores fueron suprimidas y luego se dejó de encarcelar a los deudores. Y siempre, cuando la plebe, debilitada por los gastos a consecuencia de una calamidad pública, desfallecía, se buscó, con miras al bienestar de todos, algún alivio y medicina para este género de males. Echa a un lado por entonces esta medida, le nació al pueblo un motivo para que, creados por medio de la sedición dos tribunos de la plebe, disminuyeran el poder y la autoridad del senado. Sin embargo, este poder permanecía grave y grande dado que los más sabios y valerosos protegían al Estado tanto con las armas como con sus resoluciones, y su autoridad florecía al máximo pues, aunque aventajaban largamente a los demás en honor, eran inferiores en placeres y de ordinario no superiores en dinero; y tanto más grata era la virtud de cada uno en la república cuanto que, en los asuntos privados, protegían a cada ciudadano con su actividad, con su consejo, con su fortuna (Cicerón 1984: 61-62).

A través del texto encontramos la opinión del teórico que recurre a la apreciación ética para conminar a los que tienen el poder a no ser superiores en cuanto a las riquezas y a proteger a los ciudadanos tanto con sus actuaciones políticas como incluso con sus propias fortunas.

Ahora bien, mucho se ha escrito sobre la influencia que la *República* de Platón y la *Política* de Aristóteles ejercieron en la obra de Cicerón, pero creo que debe ponerse un énfasis mucho mayor en los avances sustanciales presentados por él; no olvidemos que se trata de un hombre político, conocedor profundo del derecho y de la historia, que vive en una república con cuatrocientos cincuenta años de existencia, la primera república, cuya orga-

nización necesitó de una terrible lucha de clases y de una continua elaboración jurídica, todo lo cual producirá sus frutos teóricos en la obra ciceroniana. Así pues, debemos estar tan conscientes como él lo estuvo de que su teoría política, discutida a lo largo de los seis libros de su *Sobre la República*, va más lejos de lo postulado por sus modelos griegos, tanto como la constitución y las instituciones de Roma rebasaron a las griegas.

Julio Pimentel, en la introducción a las *Cuestiones académicas* de Cicerón, cita una carta a Ático que si bien atañe a esta obra, podemos hacerla extensiva a otras, en donde importa señalar, nuevamente, que la imitación de los latinos desea producir frutos diferentes y más ricos, dice así: mis “libros salieron en tal forma que, si no me engaña el común amor propio, no hay nada semejante en tal género, ni siquiera entre los griegos... Éstos serán mucho más bellos, más breves y mejores” (Cicerón 1990: IX).

Una de las mejores aportaciones de Cicerón es el enfrentar las distintas posiciones filosóficas a través de sus personajes, e irlos rebatiendo por medio de argumentaciones que encadena en una *dispositio* coherente y lógica, con la finalidad de llegar a la verdad. Por ello se le reconoce, hasta donde yo sé, como el primer gran ecléctico de la historia de las ideas filosóficas; él mismo expone:

[...] queremos encontrar una verdad libre de toda controversia, y la buscamos con sumo cuidado y dedicación. En efecto, aunque todo conocimiento está obstruido por muchas dificultades, y es tal la oscuridad en las cosas mismas y la debilidad de nuestros juicios, que, no sin causa, los más antiguos y doctos desconfiaron de poder encontrar lo que deseaban; sin embargo, no desmayaron aquéllos, ni abandonaremos nosotros... la dedicación a investigar y nuestras discusiones no hacen otra cosa que, hablando en pro y en contra, hacer brotar y, por así decir, extraer algo que sea verdad, o se aproxime a ello lo más cerca posible (Cicerón 1990: 22-23).

En lo anterior reconocemos claramente el método que se basa en el análisis y la contraposición de las diversas escuelas a fin de ir probando con argumentaciones enfrentadas las que están más cerca de la verdad, si es posible, las que constituyan algo de verdad. Este método ha sido característico de los filósofos eclécticos a lo largo de la historia de las ideas filosóficas y, en general, por una parte ha tenido una actitud antidogmática que permite valorar todas las opiniones que entran en el debate, y por otra parte aguza la inteligencia para evitar las contradicciones que pudieran darse al elaborar un nuevo conjunto coherente y organizado de ideas a partir de posiciones diferentes e inclusive contrarias. Por esto último, Cicerón habla

de las dificultades y oscuridad para llegar al conocimiento, así como de las precauciones que el sabio debe tomar para no engañarse (Cicerón 1990: 52-53).

Justamente en este punto, se suman en Cicerón el filósofo y el rétor, cuando por medio de la teoría de lo *probable* —planteada por Carnéades— se resuelve el punto, ya que si no podemos estar absolutamente seguros de qué es lo verdadero, debemos acercarnos lo más posible a ello y llegar a lo que puede probarse —lo probable—, de la misma manera que en retórica el argumento decisivo es el verosímil y probable, posición que se basa en la antigua retórica aristotélica, presentada por Cicerón en sus tratados sobre elocuencia, arte que defiende con toda firmeza, porque la considera como parte fundamental de las cuestiones civiles, las propias del *civis*, del ciudadano: “Hay alguna razón civil que consta de muchas y grandes cosas. Y alguna parte de ella, grande y amplia, es la elocuencia artificiosa, que llaman retórica” (Cicerón 1997: 5).

Así pues, Cicerón puede ser visto como el primer ecléctico romano y no sólo atendiendo a las cuestiones filosóficas, sino también en cuanto a las cuestiones de teoría retórica, porque logra una suma coherente de diversas posiciones anteriores a la suya, especialmente de las dos grandes corrientes griegas: aquella que se interesaba por la filosofía política y rechazaba la retórica, y aquella otra que teorizaba sobre retórica, dándole una importancia tal que podía representar un peligro para la salud de la vida pública.

Por lo anterior, al discutir en torno al gobernante que conviene a un pueblo, propone que, si bien debe ser sabio, según Platón, un filósofo también debe manejar la elocuencia y prepararse en las cuestiones retóricas, cosa que según Platón es más que nocivo para la comunidad. Cicerón abiertamente declara que nada hay más excelso que el orador capaz de tener en suspenso a un concurso numeroso de hombres, “dominar las asambleas de los hombres, cautivar las mentes, impulsar las voluntades a donde se quiera, y de donde se quiera apartarlas. En todo pueblo libre, y de modo máximo en las ciudades pacíficas y tranquilas, esta sola cosa ante todo ha siempre florecido y dominado” (Cicerón 1995: I, 11). Este hombre debe además “exponer al odio de los ciudadanos, y con el castigo reprimir, el crimen y el crimen y el fraude del que daña; y además liberar a la inocencia, con la salvaguarda de su ingenio, de la condena de los juicios; y además alentar al decoro al pueblo languideciente y desfalleciente, o sacarlo del error, o inflamarlo contra los ímprobos, o al incitado mitigarlo para los buenos; que, finalmente, diciendo pueda o excitar o sedar ese movimiento, cualquiera que sea, que en los ánimos de los hombres postulen el asunto y la causa” (Cicerón 1995: I, 70).

Una sólida preparación en las ciencias del derecho, en la filosofía, en la retórica, unida a una virtud sin tacha son los elementos imprescindibles para ejercer el mando, pues sólo de esta forma es posible vencer a quienes dañan a la ciudad. Desde que tenía alrededor de dieciséis años, cuando escribió su primer libro sobre retórica, el *De inventione* (*De la invención retórica*), afirmó “que la sabiduría sin elocuencia aprovecha poco a las ciudades, pero que la elocuencia sin sabiduría casi siempre estorba demasiado; nunca aprovecha” (Cicerón 1997: 24).

Como los malvados usan de ella, entonces es necesario que los defensores se interesen en estudiarla para “protección de la república, haciendo girar la argumentación retórica en torno de cuatro circunstancias de la vida: la seguridad, la honestidad, la brillantez y la jocundidad”, según el análisis de Reyes Coria a la obra antes dicha (Cicerón 1997: XIII).

Posteriormente, en sus diálogos *Sobre el orador*, cuando tenía cuarenta y ocho años, continúa exigiendo, ahora con mayor fuerza, una firme y amplia cultura, a fin de que el orador político pueda hablar de todo con variedad y abundancia, pues de no ser así no podrá hablar ante el pueblo sobre las leyes que deben aprobar o vetar, ni ante el Senado sobre los asuntos públicos, dado que estará “sin sumo conocimiento y sapiencia de las cosas civiles” (Cicerón 1995: 22).

Sus obras en torno a la retórica y la filosofía política nos dan la semblanza de un Cicerón casi perfecto; pero si atendemos a sus actuaciones políticas y a las causas que defendió, las opiniones se dividen encarnizadamente. Su mundo se debatía en guerras civiles, las diferencias sociales eran cada día más grandes y el problema de las deudas asolaba a la mayor parte de la población, en tanto que un grupo pequeño de optimates defendía sólo sus intereses particulares, y Cicerón miraba al pasado, a la República de los ancestros; con un conservadurismo y una angustiosa indecisión frente a los problemas, el filósofo humanista le arrebató el poder de tomar las resoluciones necesarias al político.

Podemos admirar sus escritos, pero muchas veces nos es imposible estar de su parte y defender algunas de sus causas. La carrera de la historia de Roma se apresuraba al principado, se dirigía hacia el imperio como la forma de gobierno capaz de dominar sus enormes territorios. Cicerón ve esto, pero se resiste a aceptarlo y, en medio de todo, generalmente se pone del lado de la clase dominante y ve al pueblo como la turba sediciosa de las *Catilinas*, los que toman las armas son los endeudados irresponsables, agricultores y colonos manirroto, asaltantes, asesinos, delincuentes de toda clase. Esa ralea de bandidos no es el pueblo para Cicerón, la distancia que hay entre ellos es la misma de Cicerón como teórico y Cicerón como político.

Catulo y Cicerón ganaron con justicia su lugar en la tradición clásica porque fueron verdaderos creadores; nutridos de la savia que corría desde las fuentes griegas, supieron transformarla y en esa evolución se han convertido en dos eslabones de los más fuertes en la cadena de la cultura humana. Siendo tan diferentes ellos y sus obras, a pesar de vivir en el mismo mundo, ambos nos siguen interesando y conmoviendo. En ambos se puede encontrar un rico conocimiento de lo que es el hombre y lo que es la literatura, en el más amplio y profundo sentido del término.

Bibliografía

- Alberte, Antonio. 1997. *Cicerón. 3. Escritos retóricos*, en Carmen Codoñer, ed., *Historia de la literatura latina*. Madrid: Cátedra. Pp. 365-390.
- Calímaco. 1984. *Himnos y epigramas*. Pedro C. Tapia Zúñiga, introd., versión rítmica y notas. México: UNAM. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- Catulo, Cayo Valerio. 1969. *Cármenes*. Rubén Bonifaz Nuño, introd., versión rítmica y notas. México: UNAM (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana). P. 9.
- Cicerón, Marco Tulio. [1980] 1990. *Cuestiones académicas*. Julio Pimentel Álvarez, introd., trad. y notas. México: UNAM. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- Cicerón, Marco Tulio. 1984. *De la República*. Julio Pimentel Álvarez, introd., trad. y notas). México: UNAM. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- Cicerón, Marco Tulio. 1995. *Acerca del orador*. Amparo Gaos, introd., versión y notas. México: UNAM. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)
- Cicerón, Marco Tulio. 1997. *De la invención retórica*. Bulmaro Reyes Coria, introd., trad. y notas. México: UNAM. (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana)

- Clausen, W. V. [1982] 1989. *La nueva orientación de la poesía*, en E. J. Kenney y W. V. Clausen, eds., *Historia de la literatura clásica. II: Literatura latina*. Trad. de Elena Bombín. Madrid: Gredos. Pp. 203-260.
- Fernández Corte, José Carlos. 1997. *Catulo y los poetas neotéricos*, en Carmen Codoñer, ed., *Historia de la literatura latina*. Madrid: Cátedra. Pp. 109-121.
- Kitzler, Bernhard. 1997. *Cicerón. I. Discursos*, en Carmen Codoñer, ed., *Historia de la literatura latina*. Madrid: Cátedra. Pp. 331-344.
- Lisi, Francisco L. 1997. *Cicerón: escritos filosóficos*, en Carmen Codoñer, ed., *Historia de la literatura latina*. Madrid: Cátedra. Pp. 345-363.
- Wilkinson, L. P. [1982] 1989. *Cicerón y la relación de la oratoria con la literatura*, en E. J. Kenney y W. V. Claussen, eds., *Historia de la literatura clásica. II: Literatura latina*. Trad. de Elena Bombín. Madrid: Gredos. Pp. 261-300.